

Europa: La era de las revoluciones

Hacia finales del siglo XVIII la concentración de poder en manos del monarca comenzó a ser desafiada. La rebelión europea contra el absolutismo se intensificó con el éxito de la guerra de la Independencia estadounidense y la creación de los Estados Unidos y por el auge de la burguesía inglesa, el cual coincidió con la Revolución Industrial. Esta rebelión cristalizó por primera vez en Francia, en 1789, y desde allí se extendió por todo el continente durante el siglo siguiente.

La Revolución Francesa La Revolución Francesa abarcó una serie de acontecimientos que transformaron la atmósfera política, social e ideológica de la Europa moderna. Estos hechos comenzaron cuando la aristocracia, que rehusó a pagar impuestos, obligó al rey Luis XVI a restablecer los moribundos Estados Generales en la primavera de 1789. Pocos sospechaban que esta decisión desataría fuerzas elementales e irresistibles de descontento. Aunque tenían diferentes fines, aristócratas, burgueses, *sans-culottes* (los habitantes pobres de las ciudades) y campesinos se unieron en la resolución de alterar las condiciones de su existencia. Junto a esta declaración de sus intereses, un cuerpo de ideas y teorías políticas heterogéneas orientó las energías revolucionarias, en particular, la doctrina de Jean-Jacques Rousseau de la soberanía popular que influyó en los líderes más capaces del tercer estado (el pueblo llano). Cuando la Asamblea Nacional proclamó la Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano en agosto de 1789, pretendía advertir al resto de Europa que había descubierto unos principios de gobierno universalmente válidos.

El reinado del Terror

La monarquía constitucional que había surgido en 1791 era tan insatisfactoria para el rey como para los jacobinos, una facción de los revolucionarios. En la Asamblea Legislativa (1791-1792), éstos y los girondinos (otra facción revolucionaria menos radical) propugnaron establecer una república, al mismo tiempo que preparaban una declaración de guerra contra Austria (abril de 1792). Cuando las tropas francesas sufrieron reveses iniciales, la temperatura revolucionaria subió todavía más y, en septiembre, la recién formada Convención Nacional proclamó la República en Francia. El 21 de enero de 1793, Luis XVI fue ejecutado y durante el año y medio siguiente, el país fue gobernado por dirigentes revolucionarios, cuyos sueños de perfección moral y odio a la hipocresía inspiraron un periodo conocido como reinado del Terror, que convirtió a la guillotina en el símbolo del mesianismo político. La furia moral del Comité de Salvación Pública no conoció fronteras territoriales, y sus miembros llevaron a cabo una escalada de guerras contra una coalición de potencias europeas cuyo absolutismo chocaba con sus ideales revolucionarios. Su éxito puede

atribuirse en parte a la conscripción obligatoria instituida en agosto de 1793, que demostró el terrible potencial militar de una nación en armas. No obstante, el miedo invadió finalmente al propio Comité; en julio de 1794 Maximilien de Robespierre, su máximo dirigente, fue arrestado y ejecutado. Durante la reacción posterior, los franceses olvidaron pronto 'la república de la virtud' y dieron la bienvenida a una nueva etapa casi como un símbolo de libertad.

Llegada de Napoleón al poder

El gobierno del Directorio, muy difamado, intentó asimilar los elementos menos controvertidos de la herencia revolucionaria y llevar un *coup de grace* (golpe de gracia) al mesianismo jacobino. El Directorio, determinado a alentar las carreras de hombres de talento, hizo posible el rápido acceso al poder de Napoleón Bonaparte. Con la connivencia de dos directores, Napoleón preparó un golpe de Estado en noviembre de 1799, gobernó de forma autoritaria y se coronó emperador en 1804. Napoleón, un estudiante que llegó a la mayoría de edad durante la Revolución, está considerado como el último de los monarcas absolutistas. Como parte de su plan para extender los principios de la Revolución Francesa, promulgó el Código napoleónico, un sistema codificado de leyes, y puso la educación bajo control estatal. Entre los principios revolucionarios de libertad e igualdad, prefirió este último en el conocimiento de que sólo sería estimulado por una autoridad central fuerte.

Las Guerras Napoleónicas

En los asuntos exteriores, Napoleón renovó el expansionismo de Luis XIV con un convencimiento firme de algunos principios ilustrados. Abolió los antiguos privilegios feudales e impuso la igualdad legal en los territorios, que se extendían por la mayor parte de la Europa continental y que añadió al Imperio francés por la fuerza de las armas. En su pasión por la centralización del poder, sacrificó las complejidades históricas en favor de las exigencias de la comodidad administrativa, como por ejemplo en la creación de la Confederación del Rin.

Lo que Napoleón no acertó a apreciar fue hasta qué punto las unidades administrativas más grandes y las reformas igualitarias promovían la conciencia nacional. Al igual que su éxito dependía del entusiasmo nacional francés, su caída fue provocada por el desarrollo de la conciencia nacional de otros pueblos europeos. Las Guerras Napoleónicas (1799-1815) se diferenciaron de las de Luis XIV en que no eran simplemente entre Estados, sino entre Estados nacionales. Tras una serie de desastres (sobre todo la campaña de Rusia y la interminable 'guerra peninsular' en España y Portugal), Napoleón fue derrotado y el poder europeo recobró un equilibrio más adecuado; los llamados Cien Días (1815) que siguieron a su huida de

Elba y culminaron en la batalla de Waterloo un año más tarde, constituyeron su desesperada y arriesgada jugada final. Al igual que los dirigentes de la Revolución, Napoleón había incrementado el poder del Estado centralizado y le añadió una explosiva mezcla de nacionalismo.

Liberalismo, nacionalismo y socialismo

Tras la derrota de Napoleón, los aliados victoriosos se reunieron en Viena, decididos a restaurar el antiguo orden (*véase* Congreso de Viena). El ministro de asuntos exteriores austriaco Klemens von Metternich, que defendía el principio de legitimación, restauró a los Borbones en Francia, aseguró la hegemonía de los Habsburgo en las zonas de habla alemana e italiana de Europa central y forjó un acuerdo general para vigilar el continente contra cualquier alteración revolucionaria. Metternich trató de ayudar al monarca absolutista español Fernando VII en sus pretensiones de recuperar sus dominios americanos, pero tuvo que enfrentarse a la resistencia de los ingleses, que apoyaban a los insurgentes en la América española. No obstante, su autoritaria actuación sólo fue una acción de contención. Las ideas revolucionarias europeas siguieron actuando en la sombra, conspirando con la ayuda del auge de la industrialización y una población en rápido crecimiento para impedir cualquier intento de vuelta atrás.

Los románticos

La imaginación romántica resultó afectada por el drama conmovedor de la revolución y la guerra. Los románticos, que rechazaron el cálculo racional y el control clásico, inventaron un Napoleón idealizado y confirieron al liberalismo, al socialismo y al nacionalismo un fervor emotivo. Como herederos de la ilustración y representantes de la burguesía, los liberales (concepto acuñado en las Cortes de Cádiz, en 1812) hicieron campaña en favor del gobierno constitucional, la educación secular y la economía de mercado, que liberaría a las fuerzas productivas del capitalismo. Su llamamiento, aunque real, se limitaba sólo a un segmento relativamente pequeño de la población y pronto fue eclipsado por el mensaje de ideologías rivales, en parte a causa de su indiferencia hacia la cuestión social, a la que socialistas utópicos como Charles Fourier, Henri de Saint Simon y Robert Owen ofrecieron provocativas, si bien fantásticas, respuestas. Y lo que es más, el liberalismo fracasó en generar el tipo de entusiasmo exaltado que surgió con la aparición de la conciencia nacional. Activado por la Revolución Francesa, Napoleón y las obras del historiador alemán Johann Gottfried von Herder, el nacionalismo romántico superó a todas las ideologías en liza, en especial al este del Rin. Mientras el cristianismo empezaba a perder su influencia sobre las vidas individuales, dirigentes como Giuseppe Mazzini, en Italia y Adam Mickiewicz, en Polonia fueron capaces de imponer en la conciencia nacional un carácter mesiánico. En España, la revolución liberal

que implantó la primera Constitución duró muy poco. El rey Fernando VII volvió a implantar el absolutismo en 1814 y tuvo que enfrentarse a la revuelta de los liberales, que lograron imponer su política entre 1820 y 1823, durante el llamado Trienio Liberal.

Revoluciones y socialismo científico

A pesar de la vigilancia de Metternich, algunas de estas ideologías no pudieron ser eliminadas y entre 1815 y 1848 Europa fue sacudida por tres crisis revolucionarias. En 1848 las llamas de la revuelta se extendieron a lo largo de toda Europa, con la excepción de Gran Bretaña, Rusia y la península Ibérica. Sin embargo, cuando las cenizas se enfriaron finalmente, estaba claro que la revolución romántica se había consumido a sí misma. Efectivamente, Metternich había sido expulsado de Austria y en Francia se había proclamado la Segunda República francesa, pero la mayoría de los levantamientos fracasaron, y los sueños revolucionarios se habían frustrado para convertirse en realidades. No obstante, la época de la Restauración llegó a su fin. Los ferrocarriles, la industrialización y la próspera población urbana estaban alterando el paisaje de Europa al mismo tiempo que el pensamiento materialista comenzó a desafiar la primacía romántica de la poesía y la filosofía. La ciencia se estaba convirtiendo en un lema, la garantía del progreso inexorable. En 1851, la Gran Exposición de Londres rindió homenaje a los logros técnicos del siglo. Charles Darwin, a pesar de su visión de una naturaleza salvaje, predicó la "supervivencia de los más aptos". Karl Marx y el revolucionario alemán Friedrich Engels se mofaron del socialismo utópico y elaboraron un socialismo 'científico' fundamentado en propuestas más radicales de transformación de la sociedad.

La política pragmática

En política, la antorcha pasó a los partidarios de la *realpolitik* (en alemán, 'política pragmática'). Así, el liberal, pero pragmático, Camillo Benso di Cavour tuvo éxito donde Mazzini había fracasado; unificó Italia al combinar una hábil diplomacia con el uso de ejércitos regulares. Al rechazar el desafío cerrado a compromisos del revolucionario húngaro Lajos Kossuth, el político húngaro Ferenc Deák negoció la autonomía de Hungría en el contexto de la monarquía de los Habsburgo. En Francia, Napoleón III forjó un gobierno autoritario en el que aunó progreso económico (industrialización) y social (programas de bienestar público) con disciplina política y orden social. Por otra parte, se produjo el hecho más importante del tercer cuarto de siglo, cuando Otto von Bismarck unificó Alemania. Convencido de que las grandes problemas de su tiempo sólo podrían ser resueltos con "sangre y hierro", utilizó las guerras contra Dinamarca, Austria y Francia para convertir el nuevo Estado nacional alemán en una de las principales potencias de Europa. Sin embargo, incluso el legendario canciller, un patriota prusiano indiferente a las ideologías, fue obligado a hacer concesiones a los socialistas

y los liberales. Su fracaso final en el empeño por aislar la diplomacia de la pasión nacional preparó el camino de la I Guerra Mundial.

En España, el siglo XIX, tras la muerte de Fernando VII, la pérdida de todos los dominios americanos y el enfrentamiento entre liberales y conservadores fue un época de graves convulsiones políticas. La Gloriosa Revolución de 1868 provocó la caída de la monarquía de Isabel II, el advenimiento de la Primera República y la Restauración de la monarquía, en 1874, con el reinado de Alfonso XII, hijo de Isabel II.